

Programa Nacional de Inclusión Educativa “Todos a estudiar”

APORTES PARA COMPARTIR E INTERCAMBIAR

Dossier: ¿Quién es el Otro?

—Material complementario al encuentro presencial—

El escritor y periodista polaco *Ryszard Kapuscinski*¹ explica que los primeros grupos humanos eran pequeños y vagaban en busca de alimento. En este andar, se encontraban con otros grupos de los cuales desconocían su existencia provocándose, así, casi un encuentro de dos mundos...

Este encuentro con un Otro extraño, exótico, raro, desconocido, inexplorado, incógnito, inédito, original, reciente, anónimo, ajeno, nuevo, naciente, extranjero, foráneo, forastero... ¿qué provocaría? ¿Qué sentimientos despertaría?... Interés, temor, expectativa, pasión, subestimación, desprecio, arrogancia, envidia...

Se pregunta el citado autor: “(...) ¿cómo actuar frente a semejante revelación? ¿Qué hacer? ¿Qué decisión tomar? ¿Debían arremeter contra esas otras personas? ¿Mostrarse indiferentes y seguir su camino? ¿O, más bien, tratar de llegar a conocerlas y comprenderlas?”

Hoy afrontamos la misma opción que enfrentaron nuestros antepasados hace miles de años. Una opción no menos intensa, fundamental y categórica que entonces. ¿Cómo debemos comportarnos con el Otro? ¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia él? Ella podría desembocar en un duelo, un conflicto o una guerra. Todos los archivos contienen pruebas o testimonios de estos acontecimientos. Y el mundo está jalonado de innumerables ruinas y campos de batalla”.

Nos interesa aquí detenernos en lo que significa la presencia del Otro, pensamos que volverlo un tema de diálogo puede ser una forma de construir vínculo con los niños y jóvenes que vuelven hoy a la escuela.

Por eso, presentamos a continuación fragmentos de textos y relatos de la historia con la intención de entender la escuela inclusiva como aquella que abre *horizontes de hospitalidad* porque, como lo nombraba H. Arendt, educar no es otra cosa que un *acto de solidaridad intergeneracional*.

Equipo Nacional Todos a Estudiar

¹ Publicado en la ed. impresa La Nación, Suplemento Cultura Domingo 4 de diciembre de 2005. En http://www.lanacion.com.ar/Archivo/nota.asp?nota_id=761880

Ofrecemos, para el análisis, los siguientes fragmentos literarios:

- **Homero, *La Odisea***. Editorial Bruguera, Barcelona, 1997.
- *La vida del Lazarillo de Tormes*, narración anónima española del Siglo XVI
- **José Saramago, *Memorial del convento***. Seix Barral, Biblioteca Breve. Buenos Aires, mayo 1995.
- **Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, diciembre 2002.
- Miércoles 8 de julio de 1942 en *Diario de Ana Frank*. Colección Literaria Universal. Editores Mexicanos Unidos. México, 1981.

Asimismo, sugerimos la lectura completa del artículo periodístico:

- *El encuentro con el Otro* por **Ryszard Kapuscinski**

Por último, resultará importante complementar estos aportes con la siguiente bibliografía:

- **Agamben, G.** Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. Pre-textos. España, octubre de 2002. Cap.
- **Bauman, Z.** Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias. Paidós Estado y Sociedad, Buenos Aires, noviembre de 2005
- **Todorov, T.** Frente al límite. Siglo veintiuno editores. México, 1993. Cap. Ni monstruos ni bestias. El goce del poder, Pág. 207.
- **Neufeld, M. y Thisted, J.** (comps.) De eso no se habla... Los usos de la diversidad sociocultural en la escuela. Eudeba. Buenos Aires, 2001. Cap. 1. El “crisol de razas” hecho trizas: ciudadanía, exclusión y sufrimiento.

1. A continuación presentamos los siguientes fragmentos literarios para promover el intercambio en los grupos de trabajo:

1.1.Son de Zeus todos los forasteros y todos los pobres...

“Odiseo, dejando el puerto, empezó áspero camino por lugares selvosos, entre una eminencias, hacia donde le había indicado Atenea que hallaría al porquerizo; el cual era, entre todos los criados adquiridos por el divinal Odiseo, quien con mayor solicitud le cuidaba los bienes.

(...)

De súbito los perros ladrones vieron a Odiseo y, ladrando, corrieron hacia él; mas el héroe se sentó astutamente y dejó caer el garrote que llevaba en la mano. Entonces, quizás hubiera padecido vergonzoso infortunio junto a sus propios establos; pero el porquerizo siguió en seguida y con ágil pie a los canes, y, atravesando apresuradamente el umbral donde se le cayó de la mano aquel cuero, les dio voces, los echó a pedradas a cada uno por su lado; y habló al rey de esta manera:

Eumeo.- ¡Oh anciano! En un tris estuvo que los perros te despedazaran súbitamente, con lo cual me habrías causado gran oprobio. Ya los dioses me tienen dolorido y me hacen gemir por una causa bien distinta; pues mientras lloro y me angustio, pensando en mi señor, igual a un dios, he de criar estos puercos gordos para que otros se los coman; y quizás él esté hambriento y ande peregrino por pueblos y ciudades de gente de extraño lenguaje, si aún vive y contempla la lumbre del sol. Pero ven, anciano, sígueme a la cabaña, para que, después de saciarte los manjares y de vino conforme a tu deseo, me digas dónde naciste y cuántos infortunios has sufrido.

Diciendo así, el divinal porquerizo guióle a la cabaña, introdújole en ella, e hízole sentar, después de esparcir por el suelo muchas ramas secas, las cuales cubrió con la piel de una cabra montés, grande, vellosa y tupida, que le servía de lecho. Holgóse Odiseo del recibimiento que le hacía Eumeo, y le habló de esta suerte:

Odiseo.- ¡Zeus y los inmortales dioses te concedan, oh huésped que se presente, aunque sea más miserable que tú, pues son de Zeus todos los forasteros y todos los pobres. Cualquiera donación nuestra les es grata, aunque sea exigua; que así suelen hacerlas los siervos, siempre temerosos cuando mandan amos jóvenes. Pues las deidades atajaron sin duda la vuelta del mío, el cual, amándome por otro extremo, me habría procurado una posesión, una casa, un peculio y una mujer muy codiciada; todo lo cual da un amo benévolo a su siervo, cuando ha trabajado mucho para él y las deidades hacen prosperar su obra como hicieron prosperar ésta en que me ocupo. Grandemente me ayudará mi señor, si aquí envejeciese; pero murió ya; ¡así hubiera perecido completamente la estirpe de Helena, por la cual a tantos hombres les quebraron las rodillas! Que aquél fue a Troya, la de hermosos corceles, para honrar a Agamenón combatiendo contra los tucros.

Fragmento de *La Odisea*, Homero. Editorial Bruguera, Barcelona, 1997.

1.2.-Madre, cuco!

“Recuerdo que una vez estaba mi padrastro, que era negro, jugueteando con mi hermano pequeño. El niño, que nos veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él con miedo y corría hacia mi madre señalándolo con el dedo y diciendo: - Madre, cuco!

El respondía riendo: -Hijo de puta!

Yo, aun siendo pequeño, noté aquella palabra de mi hermanito y dije para mí: - Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!”.

La vida del Lazarillo de Tormes, narración anónima española del Siglo XVI

1.3.Grita el buen pueblo furiosos improprios a los condenados...

“Grita el buen pueblo furiosos improprios a los condenados, chillan las mujeres asomadas a los alféizares, dicen su perorata los frailes, la procesión es una serpiente enorme que no cabe derecha en el Rossío y por eso se va curvando y recurvando como si decidiera llegar a todas partes u ofrecer el espectáculo edificante a toda la ciudad (...). (...) y ésta soy yo, Sebastiana María de Jesús, un cuarto de cristiana-nueva, que tengo visiones y revelaciones, pero dijeron en el Tribunal que era fingimiento, que oigo voces del cielo, pero me explicaron que era efecto demoníaco, que sé que puedo ser santa como los santos son, o aún mejor, pues no alcanzo diferencia entre yo y ellos, pero me reprendieron que eso es presunción insoportable y monstruoso orgullo, desafío a Dios, y aquí voy, blasfema, herética, temeraria, amordazada para que no se me oigan las temeridades, las herejías y las blasfemias, condenada a ser azotada en público y a ocho años deportada en el reino de Angola, y habiendo oído las sentencias, las mías y las de quienes conmigo van en esta procesión, no oí que se hablase de mi hija, es su nombre Blimunda, dónde estará, dónde estás, Blimunda, si no fuiste presa luego de serlo yo, aquí has de venir a saber de tu madre, y yo te veré si en medio de esa multitud estás, que sólo para verte quiero ahora estos ojos, la boca me amordazaron, no los ojos, ojos que no te ven, corazón que no siente, oh corazón mío, me salta en el pecho si Blimunda ahí está, entre esa gente que me escupe y me tira cascadas de sandía e inmundicias, ay qué engañados están, sólo yo sé que todos podrían ser santos, si así lo quisieran, y no puedo gritárselo, al fin el pecho me da la señal, gimí profundamente el corazón, voy a ver Blimunda, Blimunda, Blimunda, hija mía, y ya me ha visto, y no puede hablar, tiene que fingir que no me conoce o me desprecia, madre bruja y marrana aunque sólo un cuarto, ya me vió, ya me vió, y a su lado está el padre Bartolomeu Lourenco, no hables, Blimunda, mira sólo, mira con esos tus ojos que todo son capaces de ver, y aquél quién será, el hombre, tan alto, que está cerca de Blimunda, que no te veré más (...).”

Pasó ya Sebastiana María de Jesús, pasaron todos los demás, dio vuelta entera la procesión, fueron azotados quienes este castigo tuvieron por sentencia, quemadas las dos mujeres, una agarrotada primero, por haber declarado que quería morir en la fe cristiana, la otra asada viva por contumacia hasta en la hora de morir, ante las hogueras se armó un baile, danzan hombres y mujeres, el rey se ha retirado, vio, comió y anduvo, con él los infantes (...).”

“(…) si yo estuviera en su caso, doblaría cautelas, mirad que cárcel, destierro y hoguera suelen ser la paga de esos excesos (…)”.

José Saramago, *Memorial del convento*. Seix Barral, Biblioteca Breve.
Buenos Aires, mayo 1995.

1.4. Mis compañeros de clase se dividieron desde el primer momento...

“No sólo introducía el desorden por donde pasaba recitando las ristras interminables del poema, sino que aprendí a hablar con la fluidez de un nativo de quién sabe dónde. Me sucedía con frecuencia: contestaba cualquier cosa, pero casi siempre era tan extraña o divertida, que los maestros se escabullían. Alguien debió inquietarse por mi salud mental, cuando le di en un examen una respuesta acertada, pero indescifrable al primer golpe. No recuerdo que hubiera algo de mala fe en esas bromas fáciles que a todos divertían.

Me llamo la atención que los curas me hablaban como si hubiera perdido la razón, y yo les seguía la corriente. Otro motivo de alarma fue que inventé parodias de los corales sacros con letras paganas que por fortuna nadie entendió. Mi acudiente, de acuerdo con mis padres, me llevó con un especialista que me hizo un examen agotador pero muy divertido, porque además de su rapidez mental tenía una simpatía personal y un método irresistibles. Me hizo leer una cartilla con frases enrevesadas que yo debía enderezar. Lo hice con tanto entusiasmo, que el médico no resistió la tentación de inmiscuirse en mi juego, y se nos ocurrieron pruebas tan ingeniosas que tomó notas para incorporarlas a sus exámenes futuros. Al término de una indagatoria minuciosa de mis costumbres me preguntó cuántas veces me masturbaba. Le contesté lo primero que se me ocurrió: nunca me había atrevido. No me creyó, pero me comentó como al descuido que el miedo era un factor negativo para la salud sexual, y su misma incredulidad me pareció más bien una incitación. Me pareció un hombre estupendo, al que quise ver de adulto cuando ya era periodista en *El Herald*, para que me contara las conclusiones privadas que había sacado de mi examen, y lo único que supe fue que se había mudado a los Estados Unidos desde hacía años. Uno de sus antiguos compañeros fue más explícito y me dijo con un gran afecto que no tenía nada de raro que estuviera en un manicomio de Chicago, porque siempre le pareció peor que sus pacientes.

El diagnóstico fue una fatiga nerviosa agravada por leer después de las comidas. Me recomendó un reposo absoluto de dos horas durante la digestión, y una actividad física más fuerte que los deportes de rigor. Todavía me sorprende la seriedad con que mi padres y mis maestros tomaron sus órdenes. Me reglamentaron las lecturas, y más de una vez me quitaron el libro cuando me encontraron leyendo en clase por debajo del pupitre. Me dispensaron de las materias difíciles y me obligaron a tener más actividad física de varias horas diarias. Así, mientras los demás estaban en clase, yo jugaba solo en el patio de básquetbol haciendo canastas bobas y recitando de memoria. Mis compañeros de clase se dividieron desde el primer momento: los que en realidad pensaban que había estado loco desde siempre, los que creían que me hacía el loco para gozar la vida y los que siguieron tratándome sobre la base de que los locos eran los maestros. De entonces viene la versión de que fui expulsado del colegio porque le tiré un tintero al maestro de aritmética mientras escribía ejercicios de regla de tres en el tablero. Por fortuna, papá lo entendió de un modo simple y decidió que volviera a casa

sin terminar el año ni gastarle más tiempo y dinero a una molestia que sólo podía ser una afección hepática.”

Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla* Editorial Sudamericana,
Buenos Aires, diciembre 2002.

1.5.-Papá recibió un citatorio de la SS –cuchicheó—

“A las tres (Harry acababa de irse para volver más tarde), llamaron a nuestra puerta. Yo no lo oí, porque estaba leyendo en la terraza, perezosamente reclinada al sol en una mecedora. De pronto, Margot apareció por la puerta de la cocina, visiblemente turbada.

-Papá recibió un citatorio de la SS –cuchicheó—. Mamá acaba de salir para ir a buscar al señor Van Daan.

Yo estaba aterrada, todo el mundo sabe lo que significa un citatorio; vi surgir ante mí los campos de concentración y las celdas solitarias. ¿Íbamos a permitir que papá sufriera esta condena?

-Naturalmente que no iré –dijo Margot, mientras ambas esperábamos el regreso de mamá

-Mamá fue a casa de los Van Daan para ver si podemos habitar nuestro escondite desde mañana. Los van Daan se ocultarán allí con nosotros. Seremos siete.

Silencio. Ya no podíamos pronunciar palabra, pensando en papá que estaba sin sospechar nada. Había ido a visitar a unos ancianos al hospicio judío. La espera, el suspenso, el calor, nos sobrecogieron y enmudecimos.

Se repente, llamaron.

-Es Harry –dije yo.

-No abras –dijo Margot reteniéndome.

Pero no fue necesario. Oímos a mamá y al señor Van Daan que hablaban con Harry antes de entrar y que luego cerraban la puerta detrás de ellos. A cada llamada del timbre, Margot o yo bajábamos muy sigilosamente, para ver si era papá, sin abrir la puerta a nadie más.

Van Daan quería hablar a solas con mamá, por eso Margot y yo tuvimos que dejar la habitación. En nuestra recámara, Margot me confesó que el citatorio no era para papá, sino para ella misma. Aterrada, empecé a llorar. Margot tiene dieciséis años. ¡Quieren, pues, llevarse a muchachas de su edad! Afortunadamente, como he dicho mamá, no iré. Al hablarme de nuestro escondite, papá sin duda aludía a esta eventualidad.

Ocultarse... ¿Dónde nos esconderíamos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en una choza, cuándo, cómo, dónde...? Yo no podía formular estas preguntas, pero tampoco podía ahuyentarlas de mi mente. Margot y yo nos pusimos a empacar lo estrictamente necesario en nuestras mochilas. Empecé por meter este diario, en seguida mis rizadores, mis pañuelos, mis libros de clase, mis peines, viejas cartas. Estaba obsesionada por la idea de nuestro escondite, y empaqué las cosas más inconcebibles. No lo lamento, porque me interesaban más los recuerdos que los vestidos.”

Miércoles 8 de julio de 1942 en *Diario de Ana Frank*. Colección Literaria Universal.
Editores Mexicanos Unidos. México, 1981.

2. Invitamos a leer el artículo de Kapuscinski completo:

Ensayo: **El encuentro con el Otro por Ryszard Kapuscinski**

Publicado en la ed. impresa La Nación, Suplemento Cultura Domingo 4 de diciembre de 2005. Por © Ryszard Kapuscinski/Nobel Laureates Plus y LANACION.

Traducción: Zoraida J. Valcárcel.

En http://www.lanacion.com.ar/Archivo/nota.asp?nota_id=761880

El periodista y escritor polaco Ryszard Kapuscinski reflexiona sobre los modos en que las distintas culturas establecieron contacto a lo largo de la historia y sobre los desafíos que enfrenta la alteridad

Desde siempre, el encuentro con el Otro ha sido una experiencia universal y fundamental para nuestra especie.

Según dicen los arqueólogos, los primeros grupos humanos eran pequeñas familias o tribus de treinta a cincuenta individuos. De haber sido más numerosas, su nomadismo habría perdido rapidez y eficiencia. De haber sido más reducidas, la autodefensa eficaz y la lucha por la supervivencia les habrían resultado más difíciles.

He aquí, pues, a nuestra pequeña familia o tribu vagando en busca de alimento. De pronto, se topa con otra familia o tribu y descubre que hay otras personas en el mundo.

¡Qué paso significativo en la historia mundial! ¡Qué descubrimiento trascendental!

Hasta entonces, los miembros de estos grupos primordiales, que deambulaban en compañía de treinta o cincuenta parientes, habían podido vivir en el convencimiento de que conocían a toda la población mundial. Resultó que no era así: ¡también habitaban el mundo otros seres similares a ellos, otras personas! Pero ¿cómo actuar frente a semejante revelación? ¿Qué hacer? ¿Qué decisión tomar?

¿Debían arremeter contra esas otras personas? ¿Mostrarse indiferentes y seguir su camino? ¿O, más bien, tratar de llegar a conocerlas y comprenderlas?

Hoy afrontamos la misma opción que enfrentaron nuestros antepasados hace miles de años. Una opción no menos intensa, fundamental y categórica que entonces. ¿Cómo debemos comportarnos con el Otro? ¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia él? Ella podría desembocar en un duelo, un conflicto o una guerra. Todos los archivos contienen pruebas o testimonios de estos acontecimientos. Y el mundo está jalonado de innumerables ruinas y campos de batalla.

Todo esto demuestra el fracaso del hombre: no supo o no quiso llegar a un entendimiento con el Otro. La literatura de todas las épocas y países ha tomado esta situación de debilidad y tragedia como tema central de mil maneras distintas.

Sin embargo, también podría darse el caso de que, en vez de atacar y combatir, esta familia o tribu primordial decida defenderse del Otro separándose y aislándose. Con el tiempo, esta actitud deriva en cosas tales como las torres y puertas de Babilonia, la Gran Muralla china, el limes romano y las pétreas murallas incaicas.

Afortunadamente, en todo nuestro planeta hay pruebas abundantes, aunque dispersas, de una experiencia humana distinta: la cooperación. Me refiero a los restos de puertos, ágoras, santuarios, plazas del mercado; a los edificios, todavía visibles, de antiguas

academias y universidades; a los vestigios de rutas comerciales como el Camino de la Seda, la Ruta del Ambar y la de las caravanas que atravesaban el Sahara.

En todos estos lugares, las personas se reunían para intercambiar ideas y mercancías. Allí hacían sus transacciones y negocios, concertaban pactos y alianzas, descubrían metas y valores compartidos. "El Otro" dejó de ser sinónimo de algo extraño y hostil, peligroso y letalmente maligno. Descubrieron que cada uno llevaba dentro un fragmento del Otro, creyeron en esto y vivieron tranquilas.

Al toparse con el Otro, la gente tuvo, pues, tres alternativas: hacer la guerra, construir un muro a su alrededor o entablar un diálogo.

A lo largo de la historia, la humanidad nunca ha cesado de oscilar entre estas alternativas. Ha optado por tal o cual de ellas, según los tiempos y culturas cambiantes. Salta a la vista que, en esto, la humanidad es voluble, no siempre se siente segura, no siempre pisa suelo firme. Es difícil justificar la guerra. Creo que en ellas todos pierden invariablemente porque las guerras son desastrosas para el hombre. Ponen de manifiesto su incapacidad para comprender, para ponerse en el lugar del Otro, para actuar con sensatez y benevolencia. Por lo común, en tales casos, el encuentro con el Otro termina trágicamente en una catástrofe de sangre y muerte.

En la época contemporánea, la idea que nos llevó a aislarnos del Otro, a rodearnos de grandes murallas y anchos fosos, recibió el nombre de apartheid. Equivocadamente, circunscribimos este concepto a las políticas del régimen blanco sudafricano, hoy difunto. El apartheid ya se practicaba en los tiempos más remotos. Dicho en términos sencillos, sus partidarios proclamaban: "Cada uno es libre de vivir como le plazca, siempre y cuando esté lo más lejos posible de mí si no pertenece a mi raza, religión o cultura". ¡Como si eso fuera todo!

En realidad, contemplamos una doctrina de la desigualdad estructural de la raza humana. Los mitos de muchas tribus y pueblos incluyen la convicción de que sólo ellos son humanos, es decir, "nosotros", los miembros de nuestro clan o comunidad. Los demás, todos los demás, son subhumanos o ni siquiera eso. Una antigua creencia china lo expresa de manera excelente: el extranjero era visto como un engendro del diablo o, en el mejor de los casos, una víctima del destino que no había logrado nacer en China. Esta creencia presentaba al Otro como un perro, una rata o un reptil. El apartheid era, y sigue siendo, una doctrina de odio, desprecio y repugnancia hacia el Otro, hacia el extranjero.

¡Qué diferente fue la imagen del Otro cuando prevalecieron las religiones antropomórficas, la creencia de que los dioses podían tomar la forma humana y actuar como personas! Por entonces, nadie podía decir si el caminante, viajero o forastero que venía hacia él era una persona o un dios con aspecto humano. Esa incertidumbre, esa ambivalencia fascinante, fue una de las raíces de la cultura hospitalaria que ordenaba prodigar atenciones al forastero, a ese ser en última instancia incognoscible.

Cyprian Norwid se refiere a esto cuando, en su introducción a la Odisea, analiza las fuentes de la hospitalidad que encuentra Ulises en su viaje de regreso a Itaca. "Allí, ante cada mendigo y caminante extranjero -observa Norwid- la primera sospecha era si no lo enviaría Dios. [...] Nadie podría haber sido recibido como huésped si la primera pregunta hubiera sido: '¿Quién es este forastero?'. Pero las preguntas humanas sólo venían después, una vez respetada la divinidad que había en él. Llamaban a eso 'hospitalidad' y, por la misma razón, la incluían entre las virtudes y las prácticas piadosas. Para los griegos de Homero, nadie era 'el último entre los hombres': [el forastero] siempre era el primero, es decir, divino."

En esta interpretación griega de la cultura de que habla Norwid, las cosas revelan un

nuevo significado favorable a las personas. Las puertas no están solamente para cerrarse contra el Otro; también pueden abrirse a él e invitarlo a entrar. El camino no tiene que estar necesariamente al servicio de tropas hostiles; también puede ser la vía por la que venga hacia nosotros algún dios vestido de peregrino. Gracias a esta interpretación, el mundo que habitamos empieza a ser no sólo más rico y diverso, sino también más benévolo. Un mundo en el que deseamos encontrarnos con el Otro.

Emmanuel Lévinas dice que el encuentro con el Otro es un "acontecimiento" o incluso un "acontecimiento fundamental", la experiencia más importante, la que llega hasta los horizontes más lejanos. Como es sabido, Lévinas fue un filósofo del diálogo, junto con Martin Buber, Ferdinand Ebner y Gabriel Marcel (más tarde, el grupo incluiría a Josef Tischner). Ellos desarrollaron la idea del Otro como una entidad única e irreplicable, contrapuesta -de manera más o menos directa- a dos fenómenos del siglo XX: el nacimiento de las masas, que abolió el estado de separación del individuo, y la expansión de ideologías totalitarias destructivas.

Estos filósofos, para quienes el valor supremo era el individuo humano (yo, tú, el Otro), intentaron salvarlo de su obliteración por obra de las masas y el totalitarismo. Por eso fomentaron el concepto del "Otro" para subrayar las diferencias entre los individuos, entre sus características no intercambiables e irreemplazables.

Fue un movimiento increíblemente importante que rescató y elevó al ser humano y al Otro. Lévinas propuso que no sólo debemos dialogar cara a cara con el Otro: también debemos "responsabilizarnos" por él. En cuanto a las relaciones con el Otro, con los demás, los filósofos del diálogo rechazaron la guerra porque conducía al aniquilamiento. Criticaron las actitudes de indiferencia o encastillamiento y, en cambio, proclamaron la necesidad -o aun el deber ético- de acercarnos y abrirnos al Otro, de tratarlo con benevolencia.

Dentro del círculo preciso de estas ideas y convicciones, una actitud similar de indagación y reflexión surge y se desarrolla en el gran trabajo de investigación de un hombre que estudió y se doctoró en filosofía en la Universidad Jagielloniana, y fue miembro de la Academia de Ciencias polaca: Bronislaw Malinowski.

Su problema fue cómo abordar al Otro. No como una entidad exclusivamente hipotética y abstracta, sino como una persona de carne y hueso, perteneciente a otra raza, con creencias y valores diferentes de los nuestros y con unas costumbres y cultura propias. Cabe señalar que el concepto del Otro suele definirse desde el punto de vista del hombre blanco, del europeo. Pero hoy día, cuando cruzo a pie una aldea montañesa de Etiopía, los niños me siguen en alegre tropel y me gritan: "¡Ferenchi, ferenchi!" ("extranjero, otro"). Este es un ejemplo del desmantelamiento de la jerarquía del mundo y sus culturas. Los otros, en verdad, son tales, pero, para estos otros, el Otro soy yo.

En este sentido, todos estamos en el mismo bote. Todos los habitantes de nuestro planeta son el Otro para los Otros, Yo para Ellos y Ellos para Mí.

En tiempos de Malinowski y en los siglos anteriores, el hombre blanco, el europeo, emigró de su continente casi exclusivamente para lucrar: para conquistar nuevas tierras, capturar esclavos, traficar o misionar. A veces, estas expediciones fueron increíblemente sangrientas, como la conquista y colonización de América, África, Asia y Oceanía.

Malinowski partió hacia las islas del Pacífico con un objetivo distinto: aprender acerca del Otro. Conocer las costumbres, el lenguaje y el estilo de vida de su prójimo. Quería verlos y sentirlos personalmente, experimentarlos para, luego, poder hablar de ellos. Tal empeño quizá parezca obvio, pero resultó revolucionario y puso el mundo patas arriba. Desnudó una debilidad o, tal vez, una mera característica que aparece en todas las sociedades, aunque en diversos grados: les cuesta comprender a otras culturas. Lo

mismo ocurre con los individuos que pertenecen a determinada cultura y, por ende, son sus partícipes y portadores. Tras su llegada a las islas Trobriand para hacer investigaciones de campo, Malinowski declaró que los blancos con varios años de residencia en el lugar no sólo desconocían por completo a los aborígenes y su cultura: de hecho, la idea que tenían de ellos era totalmente errónea, teñida de desprecio y arrogancia.

Malinowski levantó su tienda en medio de una aldea y convivió con los naturales, como si quisiera fastidiar a los colonos y sus costumbres. Su experiencia no resultó fácil. En *A Diary in the Strict Sense of the Term*, menciona constantemente sus problemas, enojos, desesperación y depresión.

Liberarse de la propia cultura cuesta muy caro. Por eso es tan importante tener una identidad propia, distinta, y una idea aproximada de nuestra fuerza, valor y madurez. Sólo entonces podremos encarar confiadamente otra cultura. De lo contrario, nos recluiremos, temerosos, en nuestro escondite y nos aislaremos de los otros. Tanto más, por cuanto el Otro es un espejo en el que atisbamos o nos observan, que desenmascara y desnuda, y que preferiríamos evitar.

Es interesante señalar que mientras en su Europa natal se libraba la Segunda Guerra Mundial, el joven antropólogo se concentraba en investigar la cultura de intercambio, contactos y rituales comunes entre los habitantes de las Trobriand -a quienes dedicaría su excelente libro *Los argonautas del Pacífico Occidental-* y a formular su tesis "para juzgar algo, hay que estar allí", tan raramente observada pese a su importancia.

Propuso otra tesis increíblemente audaz para su época: no hay culturas superiores o inferiores, sólo hay culturas diferentes, con diversos modos de satisfacer las necesidades y expectativas de sus integrantes. Para él, una persona diferente, de una raza y cultura diferentes, es una persona cuya conducta se caracteriza por la dignidad y el respeto de los valores que reconoce, de su tradición y sus costumbres.

Malinowski inició su obra en el momento en que nacían las masas; nosotros vivimos el período de transición de esa sociedad de masas a una nueva sociedad planetaria. Hay muchos factores subyacentes: la revolución electrónica, el desarrollo sin precedentes de todas las formas de comunicación, los grandes progresos en el transporte y el movimiento. Y la consiguiente transformación, todavía en curso, de la cultura, en el sentido lato del término, y de la conciencia de sí misma que tiene la generación más joven.

¿Cómo alterará esto las relaciones entre nosotros, que tenemos una sola cultura, y los pueblos que tienen otra u otras? ¿Cómo influirá en la relación Yo-Otro dentro de mi cultura y más allá de ella? Es muy difícil dar una respuesta inequívoca y concluyente porque el proceso está en curso y nosotros, inmersos en él, no tenemos la menor posibilidad de tomar esa distancia que favorece la reflexión.

Lévinas consideró la relación Yo-Otro dentro de los límites de una civilización única, racial e históricamente homogénea. Malinowski estudió las tribus melanesias cuando todavía se hallaban en su estado prístino, cuando aún no habían sido violadas por el influjo de la tecnología, la organización y los mercados occidentales.

Hoy, esta posibilidad es cada vez menos frecuente. Las culturas se vuelven cada vez más híbridas y heterogéneas. Hace poco, vi algo asombroso en Dubai. Una muchacha, sin duda musulmana, caminaba por la playa. Vestía blusa y jeans muy ceñidos, pero llevaba la cabeza, y sólo la cabeza, tan herméticamente envuelta que ni siquiera se le veían los ojos.

Hoy, escuelas enteras de crítica filosófica, antropológica y literaria se ocupan, sobre todo, de la hibridación y la vinculación. Este proceso cultural está en marcha especialmente en aquellas regiones en que las fronteras de los estados también deslindan

culturas diferentes (por ejemplo, la frontera entre Estados Unidos y México) y en las megalópolis cuyas poblaciones representan las más diversas culturas y razas (como San Pablo, Nueva York o Singapur). Decimos que el mundo se ha vuelto multiétnico y multicultural, no porque haya más comunidades y culturas de ese tipo que antes, sino más bien porque expresan con mayor energía y arrogancia, y en voz más alta, su exigencia de ser aceptadas, reconocidas y admitidas en la mesa redonda de las naciones. Sin embargo, el verdadero desafío de nuestro tiempo, el encuentro con el nuevo Otro, deriva igualmente de un contexto histórico más amplio. En la segunda mitad del siglo XX, dos tercios de la humanidad se liberaron de la dependencia colonial para convertirse en ciudadanos de sus propios estados que, nominalmente al menos, eran independientes. En forma gradual, estos pueblos comienzan a redescubrir su pasado, sus mitos y leyendas, sus raíces, sus sentimientos de identidad y, por supuesto, el orgullo que eso genera. Empiezan a percatarse de que son los amos de su propia casa y los capitanes de su destino. Y miran con aborrecimiento cualquier tentativa de reducirlos a cosas, a figurantes, a víctimas y objetos pasivos de una dominación.

Por siglos, nuestro planeta estuvo habitado por un pequeño grupo de gente libre y grandes multitudes esclavizadas. Ahora, lo colman cada vez más naciones y sociedades con un sentimiento creciente de su valor e importancia individuales. A menudo, este proceso ocurre en medio de enormes dificultades, conflictos, dramas y pérdidas.

Quizás estemos avanzando hacia un mundo tan absolutamente nuevo y cambiado, que nuestra experiencia histórica no bastará para comprenderlo y movernos en él. En todo caso, el mundo en el que entramos es el Planeta de las Grandes Oportunidades. Pero éstas no son incondicionales; más bien, están abiertas únicamente a quienes tomen en serio su trabajo y, así, demuestren que se toman en serio a sí mismos. Este es un mundo con muchas ofertas potenciales, pero también con muchas exigencias, y en el que, a menudo, los atajos fáciles no llevan a ninguna parte.

Nos toparemos constantemente con el nuevo Otro que, poco a poco, irá emergiendo del caos y el tumulto actuales. Este nuevo Otro podría surgir del encuentro de dos corrientes contradictorias que modelan la cultura del mundo contemporáneo: la globalización de nuestra realidad y la conservación de nuestra diversidad y singularidad. Tal vez, el Otro sea el hijo y heredero de estas dos corrientes.

Deberíamos buscar el diálogo y el entendimiento con el nuevo Otro. Los años vividos entre pueblos remotos me enseñaron que la bondad hacia el prójimo es la única actitud que puede tocar el punto sensible, humano, del Otro. ¿Quién será este nuevo Otro? ¿Cómo será nuestro encuentro con él? ¿Qué diremos y en qué idioma? ¿Podremos escucharnos mutuamente? ¿Podremos comprendernos?

Me pregunto si tanto nosotros como el Otro desearemos apelar (y aquí cito a Conrad) a aquello que "habla a nuestra capacidad de deleite y asombro; a la sensación de misterio que rodea nuestra vida; a nuestro sentimiento de piedad, belleza y dolor; al sentimiento latente de confraternidad con toda la Creación. Y a la convicción, sutil pero invencible, de una solidaridad que entrelaza la soledad de innumerables corazones: la solidaridad en los sueños, la alegría, la pena, las ambiciones, las ilusiones, la esperanza, el miedo. La que une a los hombres y a toda la humanidad: los muertos a los vivos y los vivos a los que habrán de nacer".

Por Ryszard Kapuscinski, Cracovia, 2005 .

El autor es periodista y escritor; entre sus libros, figuran *El emperador* y *El sha*. Esta nota se basa en su conferencia de apertura del período lectivo de verano en la Universidad Jagielloniana de Cracovia.